

ENRIQUE MARTÍNEZ RUIZ, *Los Soldados del Rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*, Madrid, Editorial ACTAS, 2008, 1070 pp.

Este libro del distinguido especialista en Historia Militar e Institucional, doctor Enrique Martínez Ruiz<sup>1</sup>, es una obra excepcional. En sus más de mil páginas, con una esclarecedora introducción, dividida luego en cuatro grandes partes, a su vez con numerosos capítulos, anotada con rigor y una abundante bibliografía, abarca el período del reinado de los Reyes Católicos (artífices del modelo de monarquía nacional o autoritaria) y luego de los Austrias, específicamente de una España potencia militar que debe preservar sus posesiones así como su territorio. Cierran el libro frases contundentes, frases que son en cierta medida el destello de este fecundo trabajo: “Se puede no sentir amor hacia ellos [los soldados españoles], pero hay que admirar a estos hombres de hierro, dispuestos a todo [...]” o, como manifiesta Maquiavelo: “para caballería la turca, infantería la española”. Y remata Blaise de Vignère: “Por lo que a los españoles se refiere, no se puede negar que son los mejores soldados del mundo; pero son tan pocos, que apenas se pueden reclutar cinco o seis mil hombres a la vez [...]”

Son éstos, ni más ni menos, los arquetipos capitales que el lector hallará una y otra vez en esta exhaustiva historia del Ejército de la monarquía.

La extensa introducción alecciona al lego y asombra al conocedor. Así, Martínez Ruiz destaca el auge historiográfico en España, materializado en abundantes publicaciones y resalta que en la década del setenta del siglo XX, la historia militar era el “patito feo” de la historia política, pues todo se circunscribía a la narración de batallas y campañas. Eso cambia en los últimos tiempos, sostiene enfáticamente, con una mayor renovación historiográfica. Y si bien el autor no está muy de acuerdo con la expresión, se habla con frecuencia de la “revolución militar”, en esos siglos renacentistas.

Luego, el historiador entra en materia en la primera parte enunciando el denominado “modelo” militar de los Austrias y su evolución. A lo largo de este arraigado itinerario, descubrimos evidencias rectoras muy específicas: los temores de siempre de España de entrar en guerra con Francia, la importancia que se les daba a los asesores militares, el modelo suizo que se impuso para las tácticas de infantería y, por ende, la preeminencia de la infantería sobre la caballería, la gran

---

<sup>1</sup> Catedrático de Historia Moderna de la Universidad Complutense de Madrid, profesor invitado de numerosas universidades extranjeras, director de memorias de licenciaturas y tesis doctorales, investigador y director de proyectos, ha publicado más de doscientos trabajos de su especialidad. Presidente y miembro de diversas asociaciones, ha sido premiado en múltiples oportunidades, tanto en España como en el exterior.

división de las fuerzas entre los Tercios<sup>2</sup> y las Guardas (tropas del interior pertenecientes a un vetusto modelo), las inquietudes de los reyes, en especial Carlos I por conseguir recursos para la guerra (el nervio del Ejército fue siempre el dinero) y para lograr puntualidad en las pagas y normalidad en los aposentamientos (era sabido que los atrasos en los sueldos podían llevar hasta setenta meses), el pensamiento militar típicamente renacentista, la trascendencia de los ingenieros militares en todo lo relativo a fortificaciones y los lustros de agobios y retrasos, sazonados por abusos, engaños, deserciones y motines de la tropa, unidades y guarniciones amenazadas por bandoleros, moros, piratas y revueltas interiores, y un ambiente de guerra inconfundible e incierto, pero donde el militar español supo destacarse por su arrojo, profesionalismo y espíritu de sacrificio. Se considera que a fines del siglo XVII el modelo de los Austrias se extingue.

La segunda parte trata del Ejército Interior. Circunstancia poco conocida –siempre se ha hablado más del accionar en el exterior–, Martínez Ruiz la desmenuza con gran solvencia. Como matices sugestivos, descubrimos varios hitos: el fracaso de las llamadas milicias, lo obtuso de la situación interior, las penurias de los presupuestos de defensa, el ocaso de las Órdenes Militares, el pasaje de un ejército feudal a uno real para fortalecer la autoridad del rey, la amplísima descripción de todos los frentes interiores y la defensa costera, las carencias sempiternas y agobios permanentes de los oficiales y tropa, el calificativo de las Guardas como “mesocracia hidalga”, la aparición de las detalladísimas ordenanzas y el gran proyecto de que el interior debe aportar hombres a los ejércitos monárquicos, entre otros. Finalmente, y lo que asombra según mi opinar, es aquella amplia consulta que realiza Felipe II por cédula real acerca de la defensa. Nos encontramos que reúne a todos los estamentos, no sólo a los militares, sino a laicos, prelados, ciudades y hasta a las universidades. Con ello, muestra su capacidad y visión. Y así de provechosos serían los resultados.

La tercera parte compete al Ejército Exterior. El autor manifiesta que no incluye a los Ejércitos de Indias, pero sí al escenario atlántico, las Canarias y otros sitios, entre ellos el Franco Condado y Flandes, pozo sin fondo éste último, que duraría 130 años. El dicho “España mi natura, Italia mi ventura y Flandes mi sepultura”, es elocuente. A la postre, podemos apreciar una completa descripción de los Tercios, la cadena de mando, la estructura, las armas, las tácticas de combate y los sueldos, un todo que constituye el verdadero marco conceptual para el lector.

---

<sup>2</sup> Si bien el origen de la palabra es dudoso, el Tercio es una unidad táctica y orgánica del Ejército Español de aproximadamente 15 compañías y 3.000 hombres, y su nombre se debería a que estaba compuesto por tres tipos de soldados: los que llevaban arcabuz, los que portaban picas y los que usaban espada (pp. 834/5). Su fundador habría sido Gonzalo Fernández de Córdoba, apodado *El gran Capitán*.

La cuarta parte, cardinal en nuestro parecer, recrea a *Los hombres*. Sus procedencias, el reclutamiento, el fuero militar, las ordenanzas como arranque de la legislación militar, el uso de las armas de fuego cuando no desempeñaban funciones, la sanidad, hasta la jerga del simple soldado (“haciendo gente”, “reformular”, “bisoño”, “aventajado”, “matamoros”, “rajabroqueles”, “tornillazo”<sup>3</sup>, “guzmanes”, “electos”, “capear”, etcétera), y otras tantas peculiaridades, dejan al lector el gusto de lo que realmente sucedía en la intimidad de aquellos tiempos tan duros, que confluían en el retiro, la muerte o... la gloria. Entender a *Los hombres* significa, más allá de todo, comprender el trasfondo histórico desde el comienzo.

Tras una notable impresión de despliegues, batallas, fortificaciones, arcabuces, picas y mosquetes, maniobras, escudos, maravedíes y florines, desazones y rigores, quedamos satisfechos pero con deseos de saber más. Leer lo que ocurrió después de 1700 nos entusiasma, pues lo que aconteció en las Indias y hasta el siglo XIX, nos acercaría a nuestras tierras y a aquella vida y formación castrense que profesaron nuestros militares, como San Martín, Alvear, Zapiola y tantos otros, formados en una escuela de disciplina, experiencia y honor. El doctor Martínez Ruiz tiene aquí su desafío.

ENRIQUE DICK

JORGE EMILIO GALLARDO, *Geografía de la infancia*, Buenos Aires, Idea viva, 2008, 177 pp.

La brevedad física de este libro podrá engañar a primera vista al lector, pero a medida que avance en su lectura se dará cuenta de que está frente a una excelente pintura de lo que fue, en la larga segunda mitad del siglo pasado, el estilo de vida de un sector de la sociedad argentina, el emergente del patriciado. El resultado es más interesante porque el autor no pretendió hacer un ensayo sociológico ni un “estudio de caso” —¿o deberíamos decir “un caso de estudio”?—. Jorge Emilio Gallardo se propuso, simplemente, rescatar las vivencias de su infancia en el marco de su familia, como había hecho respecto de otros estadios de su vida, en el precedente *Antes y después de La Chacra*. En este sentido, es definitoria una frase de la primera página de la obra: “Al cabo y tras andar compruebo que no hubo tránsito entre mis sucesivos reinos sino que siempre estuve en casa, sin salir de ella”.

<sup>3</sup> *Tornillazo*: deserción.